

«Las trazas del amor eran casi siempre malas artes; era un soñador el que pensase otra cosa. Alguna vez se le había arrojado á Mesía á los brazos una mujer loca de puro enamorada; pero estas aventuras eran muy raras. Además: si la mujer no fuera tan lasciva á ratos, las victorias escasearían; por amor puro se entregan pocas. Más hace la ocasión que la seducción. La seducción debe transformarse en ocasión.»

Llegó el caso de contar cómo había podido don Álvaro vencer á la hija de un maestro de la Fábrica vieja, muy honrado, que velaba por el honor de su casa como un Argos. Angelina tenía padre, madre, abuela, hermanos; ella era pura como un armiño... Mesía había empezado por seducir á los parientes. En cada casa entraba según lo exigía la vida de aquel hogar. Jugaba al escondite con los niños, les fabricaba pajaritas de papel, jugaba al dominó con la abuela, servía á la madre de devanadera, oía con paciencia y fingida atención las lucubraciones socialistas y humanitarias del padre, encantaba á todos; llegaba á ser el tertulio necesario, el paño de lágrimas, el consejero, el mejor ornamento de la casa; la llenaba con su hermosa presencia; era dulce, cariñoso, tenía blanduras de padrazo; cuidaba de los intereses domésticos como si fueran propios, hasta ponía paz entre los criados y los amos. Así iba entrando, entrando en el corazón de todos; los amores con Angelina (ó quien fuera, pues de tales aventuras había tenido muchas) comenzaban en secreto; y poco á poco, junto á la camilla, una mesa cubierta con gran tapete debajo del cual hay un brasero; en el balcón al oscurecer, en cuantas ocasiones podía, se acercaba, se apretaba contra su víctima, la llenaba de deseos de él, de su arrogante belleza varonil y simpática; después hablaba de amor como en broma, con un tono de paternal amparo que parecía la misma inocencia; y cualquier día ó cualquiera no-

che, en una merienda en el campo, después de la cena de Noche buena, mientras los demás de la familia reían alegres, descuidados, la pasión de Angelina llegaba al paroxismo, la ocasión echaba el resto y la deshonra entraba en la casa, y el amigo íntimo, el favorito de todos, salía para no volver nunca.

Los que oían á don Álvaro se figuraban presenciar aquellas escenas de amistad íntima, tranquilas, dulces, llenas de expansión y confianza; en el rostro del seductor, en sus ademanes, en las sonrisas, en la voz, se reflejaban, por virtud del recuerdo, la bondad suave, el aire bonachón y entrañable, la franqueza sencilla, noble, familiar, la habilidad casera, todas las artes y cualidades que hacían vencer á Mesía en lides tales.

—Otras veces, amigos, había que recurrir á la fuerza. Renunciar á una victoria que se consigue con los puños y sudando gotas como garbanzos, entre arañazos y coces, es ser un platónico del amor, un *cursi*; el verdadero don Juan del siglo, y de todos los siglos tal vez, vence como puede; es romántico, caballeresco, pundonoroso cuando conviene; grosero, violento, descarado, torpe, si hace falta.

Nunca se le olvidaría á don Álvaro un combate de amor que duró tres noches, y fué más glorioso para la vencida que para el vencedor. La escena representaba una panera, casa de madera sostenida por cuatro piés de piedra, como las habitaciones palúdicas sustentadas por troncos, y las de algunos pueblos salvajes. En la panera dormía Ramona, aldeana, y cerca de su lecho de madera pintada de azul y rojo, que rechinaba á cada movimiento del jergón, yacía la cosecha de maíz de su casería, en montón deleznable que subía al techo.

Allí fué la batalla. Y don Álvaro, como si lo estuviera pasando todavía, describía la oscuridad de la noche, las dificultades del escaló, los ladridos del perro, el

crugir de la ventana del corredor al saltar el pestillo; y después las quejas de la cama frágil, el gruñir del jergón de gárrulas hojas de mazorca, y la protesta muda, pero enérgica, brutal de la moza, que se defendía á puñadas, á patadas, con los dientes, despertando en él, decía don Álvaro, una lascivia montaraz, desconocida, fuerte, invencible.

«Hubo momentos en que peleé, como César en Munda, por la vida. Era Ramona, señores, morena; su carne de cañón, dura, tersa, y aquellos brazos que yo deseaba enlazados á mi cuerpo, en arrebató amoroso, me probaban su fuerza dando tortura á los míos, oprimidos, inertes. Mi deseo era más poderoso, porque tenía un incentivo más picante que la pimienta: conocía yo que Ramona gozaba, gozaba como una loca en la refriega. Segura de no ser vencida por la fuerza, enamorada á su modo del *señorito*, sobre todo por su audacia, acostumbrada á tales devaneos mudos, gimnásticos, callaba, forcejeaba, mordía con deleite, magullaba con voluptuosidad bárbara, y encontraba placer de salvaje en el martirio de mis sentidos, que tocaban su presa, y se sentían dominados por ella. La cama se hundió; rodamos por el suelo; y rodando llegamos al monte de maíz. Entonces salió la luna; entraron sus rayos por la ventana que yo dejara abierta, y ví á mi robusta aldeana, en pié, hundida una pierna entre los granos de oro y la rodilla de la otra clavada sobre mi pecho. Me intimaba la muerte ó la huída, amenazándome con una medida para áridos, cajón enorme de madera con chapas de hierro. Huí, huí por la ventana; del corredor de la panera salté al callejón como pude, y tuve que emprender, ya sin fuerzas, nueva lucha con el perro. (Pausa). Pero volví á la noche siguiente. El perro ladró menos. La ventana no estaba cerrada, el pestillo estaba descompuesto; Ramona no dormía, me esperaba; en cuan-

to me sintió, descargó tremendo bofetón sobre mi rostro. No importaba. Volvimos á la lucha; los mismos incidentes; rodamos, nos anegamos en maíz; yo tragué muchos granos. Y tampoco vencí aquella noche. Salí de allí por un armisticio, con promesas de futura victoria. Y á la noche tercera luché todavía; me había engañado; el premio me costó batalla nueva, y sólo pude recogerlo entre molestias sin cuento, por culpa del maíz deleznable, curioso, importuno, entremetido. Ramona, ya rendida, se quejaba también. Nos hundíamos, olvidados de todo; y si no estuviera mandado que lo cómico no acabe en trágico, en buena retórica, en aquel montón inquieto hubieran encontrado sepultura Álvaro y Ramona sofocados por uno de nuestros más humildes cereales.

Aplausos y carcajadas ahogaron la voz del narrador. Y entonces don Álvaro, gozoso, entusiasmado, quiso deslumbrar á su auditorio con el contraste de aventuras románticas, en que él aparecía como un caballero de la Tabla Redonda.

Y á todo esto don Pompeyo Guimarán olvidaba su exordio, interesado á su pesar en las aventuras eróticas del *frívolo* Presidente del Casino. Paco Vegallana había hecho beber al ateo, sin que éste lo sintiera, más de lo que la Justicia manda. No estaba borracho, pero se sentía mal y á su pesar encontraba cierto deleite en oír aquellas escenas escandalosas que en otra ocasión le hubieran indignado.

Mesía al fin, cansado, y algo arrepentido de haber hablado tanto, puso término á sus confesiones, y volviéndose á don Pompeyo le invitó á usar de la palabra.

—Don Pompeyo—dijo, y se puso en pié tambaleándose, lo cual probaba que, sino el vino, sus recuerdos le habían embriagado—don Pompeyo; puesto que esta es la hora de las grandes revelaciones, es preciso que usted nos diga cuál es el fondo de su alma...

—Señores— interrumpió el ateo— el fondo de mi alma lo traigo en la superficie para que el mundo se entere.

—¡Bravo! bravo!—gritó el concurso.

Y se vertieron y rompieron algunas copas.

—Propongo—gritó Juanito Reseco, encaramado en una silla—que en vista de ese rasgo de genio... se le permita llamarnos de tú y estar á la recíproca.

—¡Admitido! Aprobado!

—Pues bien—prosiguió Juanito;—oh tú, Pompeyo, pomposo Pompeyo; voy á darte un disgusto. Tú piensas que en Vetusta no hay más ateos que tú...

—¡Caballerito!...

—Pues yo soy otro; *anch'io... so pittore*. Sólo que tú eres un ateo progresista, un ateo fanático, un teólogo patas arriba... Tú pasas la vida mirando al cielo... pero lo miras cabeza abajo y por debajo de tus piernas. Y aunque hay contradicción aparente en eso de patas arriba y patas abajo... todo se concilia, ó se resuelve la antinomia como dicen los filósofos cursis, considerando que el sér bípedo no es para todos...

—Caballerito... no comprendo esa jerga filosófica. Antes que Vd. naciera, estaba yo cansado de ser ateo, y si lo que Vd. se propone es insultar mis canas, y mi consecuencia...

—Decía que eres un teólogo patas arriba; pues sabe que en el mundo civilizado ya nadie habla de Dios ni para bien ni para mal. La cuestión de si hay Dios ó no lo hay, no se resuelve... se disuelve. Tú no puedes entender esto, pero oye lo que te importa; tú, fanático de la negación, morirás en el seno de la Iglesia, del que nunca debiste haber salido. *Amen dico vobis*.

Y cayó Juanito debajo de la mesa.

Á todos había indignado su discurso, menos á Me-sía que extendiendo su mano hacia él, exclamó:

—Perdonadle... porque ha bebido mucho!

—Ese Juanito—decía el coronel á don Frutos el americano—me parece un gran pedante.

—Es un hambriento con más orgullo que don Rodrigo en la horca.

Se habló de religión otra vez. Don Frutos expuso sus creencias con una palabra aquí, otra allí, haciendo islas y continentes de vino tinto sobre el mantel y suplicando con los ojos que le terminasen las cláusulas.

Insistía don Frutos en que él sentía que su alma era inmortal; había otro mundo, además de las Américas, otro mundo mejor al cual iban las almas de los que no habían robado en las carreteras. Además Dios era misericordioso, hacía la vista gorda. Y por supuesto, quería don Frutos ir á ese mundo mejor con el recuerdo de la mala vida pasada, porque si no, vaya una gracia!

—¿Para qué querrá don Frutos acordarse de lo bruto que ha sido sobre el haz de la tierra?—preguntaba Foja al oído de Orgaz hijo.

—Señores—gritó Joaquín—si en la otra vida no hay *cante* ó es *cante* adulterado, renuncio al más allá!

Y dió un salto sobre la mesa agarrándose á una columna y comenzó un baile flamenco con perfección clásica. No faltaron jaleadores, y sonaban las palmas mientras cantaba el mediquillo con voz ronca y melancolía de chulo:

Es una cooososa
que maravilla mamá
ver al Frascueeelo
la pantorriiiiilla mamá...

Don Pompeyo sentía escalofríos. ¡Qué degradación! Meditaba y veía dos Orgaz hijo sobre la mesa.

—Me han embriagado con sus herejías.... quiero decir... con sus blasfemias...—dijo al Marquesito, que

callaba, pensando que todo aquello era muy soso sin mujeres.

Joaquín gritó:

—Allá va una á la salud de don Pompeyo.

Y comenzó una copla impía y brutal alusiva á una sagrada imagen.

—¡Alto ahí, señor mio!—exclamó indignado el buen Guimarán al oír el penúltimo verso.—Mi salud no necesita de semejantes indecencias; y lo que Vds. hacen con tamañas blasfemias indecorosas es la causa, el caldo gordo del clero; porque tenga Vd. entendido, joven inexperto y procaz, que por el mundo han pasado muchas religiones positivas, y hoy se ha creído esto y mañana lo otro; pero de lo que nunca han prescindido los pueblos cultos, ni ahora, ni en la antigüedad, es de la buena crianza, y del respeto que nos debemos todos.

—¡Bien, muy bien!—dijeron todos, incluso Joaquín.

—Y yo estoy cansado de que se me tome á mí por un iconoclasta; sí, iconoclasta soy, pero iconoclasta del vicio, apóstol de la virtud y heresiarca de las tinieblas que envuelven la inteligencia y el corazón de la humanidad.

—¡Bravo! bravo!

—Y si por alguien se ha creído que yo puedo fraternizar con el escándalo, aunarme con la desfachatez y adherirme á la orgía, protesto indignado, que á muy otra cosa he venido aquí. Y creo llegado el momento de que se hable con alguna formalidad.

—Perfectamente—interrumpió Foja—el señor Guimarán ha hablado como un libro, y eso que no los lee, pero no importa, ha hablado como el libro de su conciencia, según él dice. Aquí, señores, nos hemos reunido para celebrar la vuelta del señor Guimarán al hogar doméstico, llamémoslo así, del Casino. Pero ¡ah! señores diputados, ¿por qué ha vuelto al Casino el

señor Guimarán? *Tatiste question*, como dice Trabuco, á quien siento no ver entre nosotros (Aplausos, risas). Pues ha vuelto porque nos hemos emancipado de la repugnante tutela del fanatismo, y ha vuelto á fundar una sociedad cuya sesión inaugural estáis celebrando, acaso sin saberlo. Esta sociedad que, desde luego, no se llamará de la templanza, se propone perseguir á los fariseos, arrancar las caretas de los hipócritas y arrancar del cuerpo social de Vetusta las sanguijuelas místicas que chupan su sangre. (Estrepitosos aplausos. Paco se abstiene y piensa lo mismo que antes: que faltan chicas.) Señores... guerra al clero usurpador, invasor, inquisidor; guerra á esa parte del clero que comercia con las cosas santas, que se vale de subterráneos para entrar con sus tentáculos de pólipos en las arcas de la *Cruz Roja*...

—¡Ahí, ahí le duele!...

—Á ese clero que condena á la tisis del hambre á dignos comerciantes, á padres de familia; á ese clero que dispersa los hogares y hunde en alcantarillas inmundas, mal llamadas celdas, á las vírgenes del Señor, y que entiende que las entrega á Jesús entregándolas á la muerte. (Frenéticos aplausos.) Juremos todos ser trompetas del escándalo, para que tanto sea, y á tales oídos llegue, que la ruína del enemigo común sea un hecho. Porque, señores, nadie como yo respeta al clero parroquial, ese clero honrado, pobre, humilde... pero el alto clero... muera... y sobre todo... muera el señor Provisor... el...

—¡Muera! ¡muera!—contestaron algunos: Joaquín, el coronel, que estaba sereno, pero quería que muriese el Magistral, y otros dos ó tres comensales borrachos.

Cuando se levantaron de la mesa amanecía. Se había hablado mucho más; se había contado la historia del Provisor tal como la narraba la leyenda escandalo-

sa. Convinieron, hasta los más prudentes, en que era preciso fundar seriamente aquella sociedad propuesta por Foja. Se acordó juntarse á cenar una vez al mes y hacer gran propaganda contra el Magistral. Al salir, repartidos en grupos, se decían en voz baja:

«—Todo esto lo ha preparado Mesía; don Fermín es su rival y él quiere arruinarle, aniquilarle.

»—Pero ¿quién llevará el gato al agua?

»—¿Qué gato?

»—¿Ó la gata?

»—El Magistral.

»—Álvaro.

»—Ó los dos...

»—Ó ninguno.

»—En fin—advirtió Foja—yo ni quito ni pongo rey...

»—Pero ayudo á mi señor—concluyó el coro.

Mesía, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz, acompañaron á don Pompeyo á su casa. Era una mañana de junio alegre, tibia, sonrosada. El sol anunciaba sus rayos en los colores vivos de las nubes de Oriente. Los pasos de los trasnochadores retumbaban en las calles de la Encimada como si anduvieran sobre una caja sonora. Aunque no hacía frío, todos habían levantado el cuello de la levita ó lo que fuese. Don Pompeyo iba taciturno. Abrió la puerta de su casa con su llavín; entró sin hacer ruido; y á poco cerraba los ojos, metido en su lecho, por no ver la claridad acusadora que entraba por las rendijas de los balcones cerrados. Aquello de acostarse de día era una revolución que mareaba á Guimarán; dudaba ya si las leyes del mundo seguían siendo las mismas. Al cerrar los ojos sintió que su lecho, siempre inmóvil, también se sublevaba bajando y subiendo. Poco después se creía en el Océano, encerrado en un camarote, víctima del mareo y corriendo borrasca.

Se levantó á las doce y no quiso hablar con su mujer y sus hijas de la cena, de la dichosa cena. Sin embargo, aunque se prometió no verse en otra; pocas horas después, en el Casino, donde le recibieron con muestras de simpatía y de júbilo, ofrecía solemnemente volver á las andadas, acudir á los *gaudeamus* mensuales en que se daría cuenta de los trabajos de la *sociedad innominada* que habían fundado *inter-pocula*.

Doña Paula supo por el Chato, á quien se lo contó un mozo del restaurant del Casino, cuánto se había hablado en la cena inaugural, y lo que pretendían aquellos señores. Cuando el Magistral oyó á su madre que se había gritado: «Muera el Provisor» encogió los hombros, se levantó y salió de casa.

—Este chico anda tonto... yo no sé lo que tiene; parece que no está en este mundo... ¡Oh, maldita Regenta! ¡Esa mala pécora me lo tiene embrujado!

Al mes siguiente se celebró la segunda sesión de la *Innominada*; se bebió, se emborracharon los que solían y se dió cuenta de los trabajos de propaganda. Foja participó que se había entendido en secreto con el Arcediano, don Custodio y otros *enemigos capitulares* (así dijo) del Provisor. Se sabían muchos escándalos nuevos; el elemento eclesiástico y el secular, de común acuerdo para librar á Vetusta del enemigo general, tramaban la ruina del monstruo; pronto se llegaría á poner en manos del obispo las pruebas de aquellas prevaricaciones de todas clases de que se acusaba á don Fermín de Pas. Lo peor de todo, lo que haría saltar al obispo, era lo que se refería al abuso indecoroso del confesonario. Se contaban horrores; en fin, ello diría.

Don Álvaro propuso que las cenas mensuales se suspendiesen hasta el Otoño y suplicó que se guardase el más profundo secreto. Además, él, sintiéndolo, tenía que privarse en adelante de asistir á tales reuniones.

nes : su espíritu allí quedaba, pero él, don Álvaro, por razones poderosas, que suplicaba á los presentes respetaran, se abstendría de acudir á tan agradables banquetes.

Quince días después, á mediados de julio, entraba una tarde el Presidente del Casino en el caserón de los Ozores. Iba á despedirse. Don Víctor le recibió en el despacho. Estaba el amo de la casa en mangas de camisa, como solía en cuanto llegaba el verano, aunque no tuviera mucho calor. Para él venían á ser ideas inseparables el estío y aquel traje ligero. Quintanar al ver á don Álvaro suspiró, le tendió ambas manos, después de dejar un libro negro sobre la mesa y exclamó :

— ¡Oh mi queridísimo Mesía! ¡Ingrato! cuánto tiempo sin parecer por aquí...

—Vengo á despedirme. Me voy á dar una vuelta por las provincias, después á los baños de Sobrón y á mediados de agosto estaré de vuelta en Palomares, por no perder la costumbre.

—De modo que hasta setiembre...

—Hasta fines de setiembre no nos veremos...

Don Álvaro hablaba alto, como si quisiera que le oyesen en toda la casa.

Don Víctor lamentó aquella ausencia. Suspiró. «Era un nuevo contratiempo, nuevo asunto de tristeza.»

Notó don Álvaro que su amigo estaba menos decididor que antes, que se movía y gesticulaba menos.

—¿Ha estado Vd. malo?

—¡Quiá! ¿quién? ¿yo? ¡ni pensarlo! Pues qué, ¿tengo mala cara? Dígame Vd. con franqueza... ¿tengo mala cara?... Pálido... ¿tal vez? ¿pálido?...

—No, no, nada de eso. Pero... se me figura que está Vd. menos alegre, preocupado... qué sé yo...

Don Víctor suspiró otra vez. Tras una pausa preguntó, con tono quejumbroso :

—¿Ha leído Vd. eso?

—¿Qué es eso?

—Kempis, la *Imitación de Jesucristo*...

—¿Cómo? ¡Vd.! ¿también Vd?...

—Es un libro que quita el humor. Le hace á uno pensar en unas cosas... que no se le habían ocurrido nunca... No importa. La vida, de todas maneras, es bien triste. Vea Vd. Todo es pasajero. Vd. se nos va... Los marqueses se van... Visita se va... Ripamilán ya se marchó... Vetusta antes de quince días se quedará sola; de la Colonia... ni un alma queda... De la Encimada se ausenta lo mejor... quedan los pobres... los jornaleros... y nosotros. Nosotros no salimos este año. ¡Y qué triste es un verano entero en Vetusta! El césped del paseo grande se pone como un rueda de esparto... no se ve un alma por allí, en las calles no hay más que perros y policías... Mire Vd., prefiero el invierno con todas sus borrascas y su agua eterna... que sé yo... á mí el frío me anima... En fin, felices ustedes los que se van...

Y don Víctor suspiró otra vez.

—Voy á llamar á mi mujer. ¿Querrá Vd. decirle adiós, verdad? Es natural.

—No... si está ocupada... no la moleste Vd...

—No faltaba más. Ocupada... ella siempre está ocupada... y desocupada... qué sé yo. Cosas de ella.

Salió. Don Álvaro tomó en las manos el Kempis; era un ejemplar nuevo, pero tenía manoseadas las cien primeras páginas, y llenas de registros. Nunca había leído él aquello. Lo miraba como una caja explosiva. Lo dejó sobre la mesa con miedo y con ciertas precauciones.

Ana entró en el despacho. Vestía hábito del Carmen. Seguía pálida, pero había vuelto á engordar un poco. Á Mesía le latió el corazón y se le apretó la garganta, con lo que se asustó no poco.

Aquella mujer despertaba en él, ahora, una ira sorda mezclada de un deseo intenso, doloroso. La miraba como el descubridor de una isla ó un continente, á quien la tempestad arrastrara lejos de la orilla, tal vez para siempre, antes de poner el pié en tierra. «¿Qué sabía él si jamás aquella mujer sería suya?» Su orgullo no renunciaba á ella. Pero otras voces le decían: «Renuncia para siempre á la Regenta.» Ya se vería. Pero era doloroso aplazar otra vez, y sabía Dios hasta cuándo, toda esperanza, todo proyecto de conquista.

Quería observar en el rostro de Ana la huella de una emoción, al decirle que se marchaba sin saber cuándo volvería. Pero Ana oyó la noticia como distraída; ni un solo músculo de su rostro se movió.

—Nosotros—dijo—nos quedamos este verano en Vetusta. Yo no puedo bañarme y el médico me ha dicho que el aire del mar más podría hacerme daño que provecho por ahora.

—Vetusta se pone muy triste por el verano...

—No... no me parece...

Don Víctor los dejó solos.

Don Álvaro clavó los ojos en el rostro de Ana con audacia y ella levantó los suyos, grandes, suaves, tranquilos y miró sin miedo al seductor, á la tentación de años y años. Sintió él que perdía el aplomo, creyó que iba á decir ó hacer alguna atrocidad; y sin poder contenerse, se puso en pié delante de ella.

—¿Se marcha Vd. ya?

«Si yo me arrojo á sus piés ahora, ¿qué pasa aquí?» se preguntó don Álvaro. Y sin saber lo que hacía, tendió la mano enguantada y dijo temblando:

—Anita... si Vd. quiere... algo para las provincias...

—Que Vd. se divierta mucho, Álvaro...—contestó ella sin asomo de ironía. Pero á él se le figuró que se burlaba de su torpeza ridícula, de su miedo estúpido... y sintió vehementes deseos de ahogarla. La mano

de la Regenta tocó la de Mesía sin temblar, fría, seca.

Salió el buen mozo tropezando con el pavo real disecado y después con la puerta. En el pasillo se despidió de su amigo Quintanar.

La Regenta sacó del seno un crucifijo y sobre el marfil caliente y amarillo puso los labios, mientras los ojos rebosando lágrimas, buscaban el cielo azul entre las nubes pardas.

